

Domingo XXVIII Tiempo Ordinario

“Vende lo que tienes y sigueme”

11 Octubre 2009 P. Carlos Padilla Esteban

*“Para los hombres, imposible; pero no para Dios,
porque todo es posible para Dios”*

Esta semana hemos celebramos a Nuestra Señora del Rosario. Se cuenta que la Virgen se apareció en 1208 a Santo Domingo de Guzmán en una capilla del Monasterio de Prouilhe (Francia) con un rosario en las manos, le enseñó a rezarlo y le dijo que lo predicara entre los hombres. El rosario se consideró patrimonio de la Orden de Predicadores (dominicos), hasta que un Papa dominico (Pío V) lo extendió a toda la Iglesia (1569). El mismo papa instituyó la fiesta de Nuestra Señora de las Victorias (luego fiesta del Rosario), para agradecer la intervención de la Virgen en la Victoria de Lepanto (7 de Octubre 1571): el rosario rezado por toda la Iglesia había logrado la paz y la victoria. Siempre me commueve celebrar esta fiesta. Seguro que es porque aprendí a rezar de verdad rezando el rosario. Durante años pensé que era una oración aburrida y monótona, hasta que comprendí que, en su monotonía, en esa repetición de Ave Marías, se encontraba el misterio de su eficacia y la fuente de vida que le regalaba al alma. Rezando el rosario, sus monótonas oraciones, comencé a hacer silencio. Y sabemos lo complicado que resulta hacer silencio. Los labios se callan, pero el alma permanece inquieta, rebuscando en el pasado, nerviosa por el futuro. Sin embargo, la repetición de alabanzas dirigidas a María, nos va calmando. **Empezamos a caminar con María y aprendemos a callar dejando espacio para que Dios hable. Y entonces es cuando comienza el verdadero diálogo con Dios, en el silencio.**

Se trata de ese diálogo con Dios que todos buscamos. Como el joven rico del Evangelio de este domingo que entra en intimidad con el Señor: *“En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo y, arrodillándose ante él, le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?”* Se trata de un joven, dice Mateo (Mt 19,16), que busca a Jesús. Un joven que necesita respuestas definitivas porque su corazón sueña con lo eterno. Un joven que quiere ser feliz y que no está dispuesto a conformarse con lo mínimo. Un joven lleno de interrogantes y sueños. Y es que en lo profundo del corazón humano hay un deseo de eternidad que no se puede silenciar. Puede ser que, con el tiempo, quede apagado o se pierda en los recuerdos. Puede que la vida que llevamos sea muy acelerada y no tengamos tiempo para detenernos y pensar. Puede ser, simplemente, que no queramos mirar en nuestro interior, por miedo a enfrentarnos con nosotros mismos. No obstante, lo cierto es que, cuando el hombre mira en su corazón, descubre un deseo que no tolera la muerte y busca la vida. Tanta gente se empeña hoy en apagar ese deseo, ese sueño último y cree que lo consigue cuando no escucha su gemido. **Viven sin pensar en nada más allá de lo humano, anclados en la tierra, sin mirar a lo alto.**

También nosotros, en ocasiones, vivimos como si ese deseo o esa pregunta no existieran. Aunque en ocasiones, igual que el joven, tenemos el deseo de cambiar, de darlo todo, el deseo de que los momentos de felicidad, que de vez en cuando disfrutamos, puedan ser eternos. Queremos un amor eterno, una vida eterna, una felicidad eterna, una salud eterna, una paz eterna. Sí, en el fondo del alma, cuando nos detenemos a mirar, encontramos un deseo insaciable, un ansia insatisfecha, un anhelo

inabarcable. Como no lo logramos satisfacer, este deseo se rebela y grita, y solemos taparlo para que no moleste. Sin embargo, al hacer silencio, al detenernos en la carrera de la vida, el **ansia del corazón vuelve a gritar, desea la felicidad que no se acaba y la alegría que nadie nos puede robar.**

Ese deseo de felicidad eterna que manifiesta el joven de hoy, es el que todos tenemos. Hace unos días escuchaba una conversación en la que una mujer decía: "Nadie nos prometió el día de nuestra boda que la felicidad estaba garantizada con la bendición del amor por un sacerdote". Y es verdad, en realidad, nadie nos ha prometido la felicidad cuando fuimos dando pasos en nuestra vida. Cuando iniciamos una carrera o comenzamos un trabajo. Cuando empezamos un noviazgo y dimos el sí ante el altar. Nadie nos aseguró nada. Nadie nos prometió una felicidad ilimitada, nadie nos aseguró una vida sin sufrimientos. Y, sin embargo, eso es lo que el corazón desea. Por eso el joven recurre a Aquel que parece tener respuestas. Es el maestro bueno, es el profeta que siempre tiene soluciones para el camino. **El joven se arrodilla con una pregunta que necesita respuestas concretas y realizables.**

Y es que el joven rico del Evangelio nos recuerda nuestras propias preguntas y deseos: ¿Cómo se gana la vida eterna? ¿Cómo se vive para siempre? ¿Qué hemos de hacer? Ante esa pregunta fundamental surgen las dudas. Estamos acostumbrados a cumplir y no pensamos habitualmente en la eternidad. Nos apegamos a la tierra, a la preocupación de cada día, a los problemas concretos que nos inquietan. Miramos hacia el pasado y nos interesa mucho más lo que ha ocurrido, que una eternidad que no podemos tocar con los dedos. Vivimos de lo concreto, preocupados por lo que tenemos que hacer. **Deseamos controlar la vida y preguntamos, como el joven rico, con algo de miedo, qué es lo que tenemos que hacer, lo que todavía nos puede faltar.**

Nadie puede dudar de la sinceridad de la pregunta del joven rico. Él quería cambiar y quería crecer. Como bien dice S. Beda: "No debemos pensar que este hombre preguntó así al Señor para tentarlo, como creen algunos, ni que mintió en lo que dijo de su vida, sino que dijo sencillamente la verdad, lo que se demuestra por lo que sigue". Porque las palabras del evangelista muestran el **afecto sincero de Jesús**: "Jesús se le quedó mirando con cariño". Y es que el cariño del Señor brota al ver la pureza e inocencia del joven. Dice Orígenes: "En el hecho de amarlo o de abrazarlo, se ve que aprobó Jesús la verdad con que afirmó haber cumplido los mandamientos. Penetrando en su interior, vio en él al hombre de verdad y su buena conciencia". Jesús ama la verdad y la sinceridad del alma. Y sabe que la pregunta que hace surge de lo más profundo: **¿Qué he de hacer para ser mejor? Sabe que es sincero, que busca la verdad. Sabe que cumple los mandamientos, que es un fiel hijo de Dios.**

En ese diálogo con Jesús brota el cariño y la amistad. En la intimidad creada Jesús se commueve y tiene misericordia del joven rico. Juan Pablo II consagró en el 2002 el Santuario erigido en el convento donde vivió y murió Sor Faustina Kowalska, a quien hemos recordado esta semana. Y dijo emocionado: "¡Cuánta necesidad de la misericordia de Dios tiene el mundo de hoy! Donde domina el odio y la sed de venganza, donde la guerra lleva al dolor y a la muerte a los inocentes, es necesaria la gracia de la misericordia, para aplacar las mentes y los corazones y hacer que surja la paz". **El salmo expresa esa necesidad de misericordia que todos tenemos:** "Sáclanos de tu misericordia y toda nuestra vida será alegría y júbilo. Enséñanos a calcular nuestros años, para que adquiramos un corazón sensato. Vuélvete, Señor, ¿hasta cuándo? Ten compasión de tus siervos. Por la mañana sáclanos de tu misericordia, y toda nuestra vida será alegría y júbilo; danos alegría por los días en que nos afligiste, por los años en que sufrimos desdichas. Que tus siervos vean tu acción y sus hijos tu gloria. Baje a nosotros la bondad del Señor y haga prósperas las obras de nuestras manos". Sal 89, 12-13. 14-15. 16-17. **Seguro que esa mirada de Jesús, ese abrazo no expresado, sanaron el corazón de ese**

joven lleno de tristeza. Tal vez no era capaz de seguir al Señor, pero se quedó grabada en su corazón esa mirada de misericordia. Es lo que todos necesitamos para empezar el camino. No sabemos qué fue del joven rico. No sabemos si después de negarse a seguir a Jesús, regresó sobre sus pasos y soltó sus ataduras. **Sólo nos queda su miedo, su tristeza, su impotencia y ese abrazo del Señor que vale toda una vida.**

Siempre me ha llamado la atención que Jesús no llama a todos los jóvenes ricos del camino. No, los evangelistas sólo recogen este encuentro. En otras ocasiones, incluso, niega la posibilidad del seguimiento a algunos que quieren dejarlo todo para seguirlo. Sin embargo, en esta ocasión, Jesús pide el todo. No basta con cumplir los mandamientos, pide un seguimiento total, sin excusas ni miradas furtivas hacia lo que dejamos al seguir sus pasos. Es la misma pregunta que los apóstoles respondieron afirmativamente. Mateo lo dejó todo y lo siguió. O Juan y Pedro. Jesús es personal, sabe lo que le puede pedir a cada uno, lo que el corazón que está ante Él es capaz cargar. Sin embargo, el joven rico era, tal vez, demasiado rico. **Su corazón estaba demasiado apagado. Era esclavo y, sin embargo, no lo sabía.** Y cuando Cristo le invita a dar el salto de confianza, cuando lo mira con ternura, con ese amor profundo de Padre, el joven no es capaz. **Mira su vida, mira sus tesoros, mira su corazón y retrocede.** Es fácil decirle a Dios que sí en abstracto, pero cuando toca nuestra vida, nuestras cadenas, nos resistimos.

Al pensar en este Evangelio, surge necesariamente la pregunta: Pero, ¿y nosotros? ¿No nace en nuestro corazón, al escuchar este Evangelio, el mismo deseo? ¿Y no nos asalta el mismo miedo, ese vértigo que nos hace incapaces de dar el salto? Sí, en el fondo queremos una felicidad eterna, y no somos valientes. En lo profundo queremos cambiar de vida y nos da miedo al mismo tiempo. Pensamos que si hacemos una pregunta todo será más fácil: **¿Qué tenemos que hacer?** Y entonces: "Jesús le contestó: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. Ya sabes los mandamientos: No matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no levantarás falso testimonio, no serás injusto, honra a tu padre y a tu madre." El, entonces, le dijo: "Maestro, todo eso lo he guardado desde pequeño." En ocasiones me toca escuchar esta pregunta en los labios de aquellos que llegan a confesarse.

Como el joven rico muchos quieren la vida eterna, la felicidad más plena y buscan soluciones. Al fin y al cabo, si sabemos lo que tenemos que hacer, es más fácil alcanzar la meta. Respuestas concretas y realizables es lo que esperamos. Igual que el joven rico que corre hasta Jesús y se arrodilla ante él, ansioso por encontrar una respuesta. Sin embargo, como el joven rico, nos cuestan las respuestas de Jesús, porque no son las que esperamos. Parece que no basta con cumplir los mandamientos para llegar a ser eternos. Sería más fácil si fuera así. Cumplir lo establecido nos daría lo que anhelamos. **Sin embargo, la respuesta de Jesús nos incomoda a todos.** Jesús se dirige de nuevo a él y le dice: "Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes, dale el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, y luego, ven y ségueme." **¿Acaso no cumplimos nosotros los mandamientos? ¿No basta con ellos cuando muchas veces nos resulta tan difícil?**

Sin embargo, Jesús es claro con el joven rico, para él no basta. Tiene que venderlo todo, perderlo todo, para ser capaz de seguir sus pasos. Nos gustaría recordar siempre las palabras de la Madre Teresa: "Toma todo lo que Él te dé y dale todo lo que Él tome con una gran sonrisa."¹ Así seríamos capaces de iniciar el camino. Jesús pide el abandono y el abandonarse no es algo demasiado concreto, es una actitud de vida. Es, podríamos decirlo, la actitud necesaria para la vida. Pero, **¿Cómo se hace?** El otro día una persona respondía al cómo hacerlo: "Depende de Él que todo se unifique en Él. Yo no puedo "coger" todo lo que me ocurre y meterlo en ese "nuevo modo". Es, más bien, ese "nuevo modo" el que va absorbiendo e integrando todo en sí". **Cristo le pidió al joven rico una nueva forma de vivir**

¹ MADRE TERESA, *Ven, sé mi luz*

y entender su vida. Le pidió abandonar sus seguridades e iniciar un nuevo camino. Le pidió confiar y dejarse hacer de nuevo. Pero él sintió miedo y experimentó su pobreza, como esta misma persona me decía: *“Al mismo tiempo percibo mi absoluta fragilidad y debilidad y pobreza y a veces me desanimo y siento la tentación de decir: el cristianismo no es para mí”*. El joven rico pensó que eso no era para él y siguió otro camino. **Hoy podemos responder lo mismo o dejarnos hacer por Aquel para quien nada es imposible.**

Cristo ve el corazón del Joven rico y ve lo más profundo y se commueve. Como dice la segunda lectura, la Palabra de Dios juzga los deseos e intenciones del corazón:

“Ciertamente, la Palabra de Dios es viva y eficaz, más cortante que espada de doble filo. Penetra hasta el punto donde se dividen el alma y el espíritu, coyunturas y tuétanos; y juzga los sentimientos y pensamientos del corazón. No hay criatura que escape a su mirada: todo está desnudo y patente a los ojos de Aquel a quien hemos de rendir cuentas”. Hebreos 4, 12-13. Jesús ve el corazón del joven rico y se commueve, ve el miedo y el anhelo de eternidad, ve el deseo de dar la vida y la ansiedad ante la obligación de perder las seguridades. El joven rico hubiera deseado escuchar en su corazón: *“Tranquilo, hijo, que al final todo va a salir bien”*. Tal vez quería otros mandamientos nuevos, porque los conocidos ya los cumplía. **Tal vez esperaba recetas y soluciones prácticas, porque eso es lo que todos deseamos. Tal vez sólo quería una promesa de felicidad, para caminar tranquilo**, porque todos queremos que todo salga bien, que detrás de la cruz y el dolor venga la vida y la luz. Sin esa esperanza, sin esa confianza casi ciega, el salto es imposible. Cumplir los mandamientos es seguro, no produce angustia, no da miedo. Sin embargo, soltarlo todo y empezar a seguir unos pasos camino al Gólgota, sobrecoige. El joven rico, al igual que nosotros, no se siente libre. **Como nosotros quiere ser eterno y quiere ser feliz, pero tiene miedo y las seguridades lo atan.** Las palabras del **Hermano Rafael**, a quien el Papa ha canonizado este fin de semana, expresan la actitud ante la vida, ante la petición de Jesús: *“Todo me es igual. Sólo quiero amar a Dios y cumplir su voluntad. ¿Qué hay fuera de eso? Vanidad, aire, deseos pueriles de hombre”*. Y **Santa Soledad Torres Acosta**, a quien hoy recordamos, decía: *“Abracemos la voluntad de Dios. Ésta se cumple siempre que, con el mejor deseo y firme voluntad, se hacen las cosas por su amor, en él y por él”*.

A cambio de nuestro sí al seguimiento, la felicidad eterna es la promesa de Dios. Sí, Dios sí nos ha prometido la felicidad que nunca muere y sólo pide una condición: quiere que lo dejemos todo y lo sigamos. Pero nos da miedo. Tememos que no todo salga bien y que al final no seamos felices. Nos cuesta creer a Jesús: *“Pedro se puso a decirle: ‘Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido’*. Jesús les dijo: *“Os aseguro que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más –casas y hermanos y hermanas y madres e hijos y tierras con persecuciones-, y en la edad futura, la vida eterna”*. Marcos. 10, 17-30 **Jesús nos promete el ciento por uno aquí en la tierra y la eternidad.** Pero ese ciento por uno no está libre de las persecuciones, va con ellas y eso nos asusta. Nosotros nos empeñamos en aferrarnos a la vida, a los sueños y deseos más pequeños y mundanos. Y, como el joven rico, fruncimos el ceño y nos alejamos de Dios: *“A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico”*. El joven era muy rico y tenía el corazón apegado a tantas cosas. Como nosotros que nos atamos y esclavizamos con facilidad. Decía el **P.**

Kentenich: *“Hoy el cristianismo tiene otro enemigo: el apego a lo mundano, la tiranía del materialismo, la masificación. Si quiere obrar milagros hoy, ha de formar personas y comunidades ancladas en lo sobrenatural, de acendrada ética, valientes y santas”*²

A nosotros, al escuchar estas palabras, nos pasa como a los discípulos: *“Los discípulos quedaron sorprendidos al oírle estas palabras”*. Porque las palabras de Jesús son duras: *“Jesús,*

² J. KENTENICH, *Las cartas del Carmelo*

mirando a su alrededor, dijo a sus discípulos: “¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!”. Mas Jesús, tomando de nuevo la palabra, les dijo: “Hijos, ¡qué difícil les entrar en el Reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! Es más fácil que un camello pase por el ojo de la aguja, que un rico entre en el Reino de Dios”. Dice **S. Teofilacto**: “Se debe entender por camello el animal de este nombre o el cable que usan los marineros”. Y añade: “porque esto es posible cuando oímos a Dios y es imposible cuando oímos la sabiduría humana”. No voy a entrar en esta comparación que ha llevado a tantos a escribir sobre su sentido. Sólo quiero señalar el fin de la enseñanza: **lo que parece imposible para el hombre, es posible si aprendemos una nueva forma de vivir. Y es en la primera Lectura donde se describe esta nueva sabiduría**: “Por eso pedí y se me concedió la prudencia; supliqué y me vino el espíritu de Sabiduría. Y la preferí a cetros y tronos y en comparación, tuve en nada la riqueza. Ni a la piedra más preciosa la equiparé, porque todo el oro a su lado es un puñado de arena y barro parece la plata en su presencia. La amé más que la salud y la hermosura y preferí tenerla a ella más que a la luz, porque la claridad que de ella nace no conoce noche. Con ella me vinieron a la vez todos los bienes, y había riquezas incalculables en sus manos”. Sabiduría. 7, 7-11. Es una sabiduría nueva que sólo conocemos cuando vivimos en Cristo. **Una sabiduría que el corazón no alcanza a comprender**: “Ellos se asombraban aún más y se decían unos a otros: “¿Y quién podrá salvarse?” Jesús, mirándolos fijamente, les dijo: “Es imposible para los hombres, pero no para Dios, porque todo es posible para Dios”.

Los pensamientos del hombre se quedan en la tierra y no se abandonan. Y sólo cuando se elevan pueden aspirar a dar la vida. Para Dios es posible cuando nuestro corazón le pertenece. Es la experiencia de **S. Ignacio de Antioquía que anhelaba el martirio**: “Es cierto que deseo sufrir el martirio, pero ignoro si soy digno de él. Mi impaciencia me da mucha guerra. Necesito adquirir una gran mansedumbre pues ella desbaratará al principio de este mundo”. Un corazón manso y humilde, que sepa discernir lo que Dios le pide, que sepa vender aquellas ataduras que nos impiden volar. Como lo hizo **el hermano Rafael** que Sintió la vocación de entregarse del todo a Dios en el retiro, el silencio y la oración y cuenta el sentido de su seguimiento: “Transcurría el tiempo, con mis pensamientos, los nabos y el frío, cuando de repente y veloz como el viento, una luz potente penetra en mi alma. Una luz divina, cosa de un momento. Alguien que me dice que ¡qué estoy haciendo! ¿Que qué estoy haciendo? ¡Virgen Santa! ¡Qué pregunta! Pelar nabos. ¿Para qué? Y el corazón dando un brinco contesta medio alocado: “Pelo nabos por amor, por amor a Jesucristo”». **Sólo así, Dios logrará hacer posible lo imposible en nuestra vida. Cuando todo lo hagamos por amor a Él.**

La verdad, cada vez que me he detenido a pensar en el joven rico, he deseado de corazón que no me pasara nunca lo mismo. Cuando era más joven, me daba miedo aburguesarme y perder el entusiasmo por la vida. No quería volverme triste como el joven rico, pensando que no era capaz de seguirlo. Cuando descubrí mi vocación y di el salto, creí que ya nunca iba a tener aquella sensación extraña, esa sensación de haber dejado escapar la oportunidad de mi vida. Sin embargo, con el paso del tiempo, cada vez soy más consciente de **la necesidad de renovar el sí de la vocación cada día**. Ese sí con el que comenzó el camino es el comienzo del puzzle de mi vida, que se compone de miles de piezas. Cada pieza es un sí pronunciado con temor y deseo de eternidad. Es cierto que hace falta un primer sí para comenzar un camino. Sin embargo, **hacen falta muchos más momentos de convicción, en los que el alma vuelve a abrazar a Cristo en el camino**. Momentos de luz y oscuridad, de alegría y tristeza, momentos en los que nos arrodillamos temblorosos y suplicamos respuestas. Cada sí es un Ave María, pronunciado con humildad, casi en un susurro. Sin esos pequeños pasos, sin esa renovación del amor cada mañana, no hay camino, **no hay seguimiento, no hay realización de la promesa de plenitud a la que Dios nos llama. Hoy pedimos un corazón libre y dispuesto a fiarse de la promesa de Dios en nuestra vida: “No temas, ya verás, todo va a salir bien”**. Y **reiniciamos el camino**.